

El cristianismo de Dostoievski

Por Jacques Maudale

Sería difícil presentar la nueva obra de Jacques Maudale en términos más directos y exactos que los con que lo hace él mismo: "Hace falta, dice, ponerse en regla, de cuando en cuando, con los grandes hombres. Dostoievski es de aquellos cuyo mensaje, que tiene la fecha de medio siglo, encuentra hoy con dificultades un clima favorable. Nuestra angustia de hoy recuerda la suya, que fue premonitoria".

Después de algunos capítulos liminares donde nos restituye el clima general de obra de Dostoievski, Maudale estudia sucesivamente cada una de sus grandes novelas, tomando como punto de referencia el personaje principal. Dos, cuando menos, de esas novelas son populares entre nosotros: "**Crimen y Castigo**" y "**Los hermanos Karamazov**". Es suficiente nombrarlas para que quien las haya leído, aunque no sea más que una vez, olvidando las peripecias del drama, encuentre de nuevo el misterio de la angustia que hicieron nacer en él. Una obra como "**Los demonios**", un personaje como Stavroguin, producen una angustia sin límites. Dostoievski, cuenta Maudale, se asombró de la incomprensión casi general que acogió "**Los demonios**". Esta reacción no tiene por qué asombrar. Para comprender los personajes más

monstruosos de Dostoievski hace falta penetrar el pensamiento esencial del escritor. "Si no se admite, de una vez para siempre, que Dostoievski es un novelista cristiano y que nada de su obra se explica fuera de la atmósfera cristiana, no se comprenderá jamás ninguna de sus novelas".

¡Que los problemas planteados por Dostoievski como esencialmente rusos no nos induzcan a error! Recubren, poniéndolos de manifiesto, los problemas humanos eternos. En el fondo, Dostoievski no ha tratado en sus grandes novelas, después de 1860, sino un solo asunto. La angustia de sus personajes es la misma que la del alma delante del problema del bien y del mal, que es el problema de la existencia de Dios. El hombre es libre de escoger entre el bien y el mal, y quien no escoge el bien tiene que escoger necesariamente el mal. Si Dios no existe, todo es permitido, incluso hacer sufrir a una inocente, incluso matar al padre, pero todo esto es inútil. Pues si Dios no existe nadie es capaz de discernir su propio bien. Los personajes de Dostoievski, puestos por el novelista entre dos abismos, la nada y Dios, sufren la tortura de ambos.

A quien no haya sido devorado nunca por el enigma de la existencia, por la angustia

del sér, por el sentido de nuestro destino, Dostoievski no tiene, probablemente, nada que decirle. En realidad, lo que él

aporta, su mensaje, no es la última palabra del cristianismo. No. Es la primera.

F. C. N.

«PIEDRA Y CIELO»

Un grupo de poetas colombianos que pertenecen a la promoción de más reciente ingreso en el ejercicio de las letras, tiene ahora su vocería en las entregas poéticas "Piedra y Cielo". Estas palabras juan-ramonianas encierran el triple sentido de un lema, una consigna y una definición de poesía. Piedra y Cielo. La arena y el ángel. El ala y la raíz. El barro y el infinito. La tierra oscura y amarga y la flor que abre sus pétalos como párpados al asombro de los cielos unánimes. Carlos Martín, Camacho Ramírez, Aurelio Arturo, Vargas Osorio, Gerardo Valencia, Antonio Llanos, Darío Samper, Jorge Rojas. Creo que esta nómina brillantísima resume —salvo alguna posible omisión— todos los matices e intenciones de la última poesía nacional. Que es en Carlos Martín, dorada gracia de flor y de sonrisa, alta torre de luna en donde una sonámbula muchacha de nardo está cautiva. Que es desesperada exploración por amorosas aguas en Camacho Ramírez, y clamante angustia vuelta hacia Dios en Antonio Llanos. Y orilla del va-

lle del sur, tierno y jugoso y tibio y húmedo en la voz con niebla de Aurelio Arturo. Y cuerda de llanto y aroma para decir la antigua ternura familiar y el desolado amor como isla abandonada, en Gerardo Valencia. Y caliente guitarra con alas en Darío Samper. Y tenaz viaje melódico por la sangre y por el sueño, en Jorge Rojas. Es necesario escribir con orgullo juvenil, que quizá ninguna entre las anteriores generaciones pueden poner en pie sobre una página un tan cabal grupo de poetas como éste de mi generación, entre la piedra y el cielo. Y tan henchido de responsabilidad vocacional. Y tan atento, a la vez, al pulso de América y a los aires universales. Y tan empeñado en una salubre revolución. Y tan resuelto a abrirse paso contra viento y mediocridad. En un país de escritores sin posibilidades editoriales, tiene un nobilísimo significado la iniciativa que capitanea el espíritu alerta y generoso de Jorge Rojas. Lo que se ha convenido en denominar "poesía nueva", está sujeto en Colombia a un asedio de equi-